

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS X JORNADAS

VOLUMEN 6 (2000), Nº 6

Pio García
Sergio H. Menna
Víctor Rodríguez
Editores



ÁREA LÓGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Historia y psicoanálisis en Sigmund Freud: la temporalidad de la causalidad psíquica

Omar Acha*

Hasta *Zur Einführung des Narzissmus*, el concepto de tiempo e historia en la obra de Freud, con todas sus variaciones y complejidades, pueden comprenderse como derivados de una perspectiva evolucionista. Aun la noción de retorno de lo reprimido adquiriría su sentido al introducirse, con retardo, en una etapa superior del desarrollo individual. El devenir ontogénico, pues, era la base ontológica de una temporalidad asociada a la adquisición de ciertos atributos (yo, genitalidad, por ejemplo), que constituían de un modo cuasi-teleológico el sentido del tiempo. Ahora bien, no fue esa la tendencia única e indisputable de la teoría psicoanalítica.

Ligado originalmente a la noción de retorno de lo reprimido, el concepto de repetición adquirió luego de la reformulación de la teoría de las pulsiones hacia 1914 un *status* diferente, el cual recién se consolidó en 1919. La hermenéutica de Freud ha insistido suficientemente respecto al retorno de lo reprimido, la modificación de la comprensión del tiempo que implicaba para el análisis, y el contenido fantasmático de tales retornos. Una idea de trauma que dejaba huellas mnémicas inconcientes fundamentó el complejo concepto de tiempo de los procesos anímicos. También desde una reflexión de los traumas fue que Freud articuló la propuesta de entendimiento de la repetición (*Wiederholung*) como una temporalidad diferente. Si bien la obtención de este concepto estuvo claramente asociada a la renovación de la teoría pulsional (y por ende a la comprensión misma de las dinámicas de los procesos patológicos y normales), una elaboración "filosófica" de las implicancias respecto a la noción del *tiempo* ya existente no tuvo lugar. Por el contrario, el concepto de repetición convivió con la temporalidad evolutiva, sin que la tan habitual perspicacia de Freud mostrara una sensibilidad hacia este problema. El punto es particularmente importante para comprender las premisas ideológicas de su pensamiento. ¿Síntoma de qué fue tal imposibilidad de extraer ciertos resultados impuestos por su propio pensamiento? Discutiremos esto luego de exponer la justificación del concepto de compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*).

En *La interpretación de los sueños*, Freud había señalado la "atemporalidad" de los procesos primarios. El estado de vigilia era el lugar de la construcción de una temporalidad con una lógica aditiva y lineal, pues allí era exigido un ordenamiento de las huellas mnémicas. La memoria provenía de una organización de esas huellas, que seguían un régimen que conocemos como el "tiempo". ¿Cómo se regía la temporalidad de la repetición de la primera teoría pulsional?

El principio de placer era la fuerza impelente para el retorno de lo reprimido. La carencia de una satisfacción de un deseo siempre sediento se reproducía como una carga producto de una represión del pasado. Como el deseo era inmortal, la repetición era también inevitable. La repetición era, pues, la expresión de una búsqueda de reedición del placer

* Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras

primitivo. En los casos señalados como patológicos, existía una fijación en estadios de organización libidinal arcaicos, y la repetición irrumpía en una etapa posterior, perjudicando el concierto entre la composición pulsional y los ejercicios de la sexualidad que tal etapa implicaba. Tal fijación en “extemporaneidad”, empero, no limitaba la repetición, sino que la potenciaba porque era más factible experimentarla insatisfecha por esa misma condición. Aunque en algunos casos y en ciertos momentos este retorno causara inconvenientes y aun sufrimientos a la persona así acosada por la repetición, a Freud no le cabrían dudas – mientras mantuvo la primera teoría pulsional – de que el principio del placer conducía a la repetición. Los esfuerzos del otro principio del acontecer psíquico (el de realidad) sólo conseguían impedir su paso a la conciencia.¹ Pero así como un obstáculo puede aumentar la violencia de un torrente, en un Freud que concebía la libido de una manera parecida, la represión no alcanzaba a destruir la potencia de las pulsiones, sino que en todo caso *difería* su acción.

Lo inconciente, el proceso primario, lo atemporal del deseo, la representación-cosa, el retorno de lo reprimido, constituían para Freud hasta la Gran Guerra, el conjunto regido por una repetición indiferente al tiempo. En 1915, en plena reestructuración de su metapsicología, Freud decía de los procesos del sistema inconciente que “son *intemporales*, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se modifican por el transcurso de este ni, en general, tiene relación alguna con él.”² Del otro lado, lo conciente, el proceso secundario, la temporalidad, la representación-palabra, el recuerdo. El tránsito de una instancia a otra estaba dado por la mediación del lenguaje, aunque éste no era una mera “expresión” de la representación-cosa. Antes (y posiblemente también después) de la transposición en palabras, restaba un imperio del lenguaje indomitable por los procesos concientes.

El tiempo del proceso secundario era el tiempo de la historia, mientras que el proceso primario era la temporalidad sin tiempo de la repetición. Por ende, era histórico lo que era recordable por el sujeto. El ámbito elidido por la amnesia era lo prehistórico. Y esto era así para Freud porque desde su prehistoricidad, lo no recordado no era pensable para el individuo bajo una interpretación. Cuando se le presentaba un síntoma que aludía, críticamente, a un suceso del pasado, éste no podía sino aparecer como lo incomprensible, como lo *unheimliche*. Desde luego, Freud creía poder establecer pacientemente el origen – así poseyera un componente fantasmático – de esa aparición. Para el sujeto desprevenido o resistente, la emergencia lo era de una especie impensada, que no debería estar allí, pero que sin embargo se hacía presente. La narración histórica era la estrategia que podía seguirse para volver *heimliche*, propia, la emergencia sintomática.

Contemporánea a la escritura del historial del Hombre de los Lobos, fue la redacción por Freud de un breve ensayo sobre técnica psicoanalítica que tituló “Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten”. Freud intentaba allí esclarecer una situación analítica cuya inteligencia era novedosa, y que por ende suponía obstáculos hace poco tiempo percibidos. En efecto, el desarrollo de la técnica psicoanalítica elevaba al primer plano la actuación de la o del paciente. Recordemos que en la “catársis” breueriana el objetivo era reproducir, mediante la hipnosis y la sugestión a ella anudada, los procesos psíquicos para hacerla accesible a la actividad conciente por medio de la palabra. Era un supuesto de éste la reproducción lingüística del suceso traumático pasado, pero sin el concurso paralelo de la conciencia. Luego, cuando se abandonó la hipnosis, en lo que fue la técnica vinculada a la “asociación libre”, el acento estaba puesto en la interpretación y comunicación a la o al paciente.

Quien analizaba tenía la responsabilidad de encontrar los signos de la "verdad" en la madeja de los sueños, los *lapsus* y los actos fallidos. Recién después era transmitida a la persona analizada. Una tercera etapa estuvo marcada por la renuncia a la interpretación desde la posición de analista para dejar esa tarea a la o al paciente, concentrándose la intervención médica en señalar las múltiples y variadas estrategias de la resistencia.

En este contexto era que Freud reflexionaba sobre la repetición. Distinguía en el citado texto sobre ello suponiendo las dos series que hemos mencionado: la articulada por el *recuerdo* y la articulada por la *repetición*. En la sesión de análisis quien estaba en el diván no recordaba, sino que lo *actuaba*. Incapaz de traducir a palabras un contenido reprimido e inconciente, la acción permitía una *actuación* sin el paso peligroso por los procesos concientes que el lenguaje posibilitaba. Pero actuar inconcientemente significaba *repetir*.³ En análisis, la transferencia era un efecto de la repetición.

La proyección en la o el analista de los objetos infantiles de deseo la o lo investían libidinalmente. Esa *Besetzung* no poseía una existencia autónoma, sino que estaba heterónomamente regida por una repetición de investimentos pasados que inconcientemente adoptaban otro objeto que, sin embargo, era el originario. Pero no solamente se repetían en análisis los investimentos libidinales, sino también las inhibiciones y, como escribía Freud, los "rasgos patológicos de carácter."⁴ Esta última observación indicaba el mecanismo compulsivo que gobernaba la repetición. No era tan importante el señalamiento de que la repetición era inconciente, sino la afirmación de que no era siempre placentera para quien la sufría. En efecto, la "compulsión de repetición" no estaba siempre y en todos los casos estimulada por la producción de placer. No fue posible encuadrar el retorno doloroso de las inhibiciones como una búsqueda inconciente de goce. Se abría entonces todo un campo de reflexión, pues si existían procesos psíquicos que repetían sin el concurso determinante del principio de placer, el acontecer psíquico ya no podía comprenderse con los solos concursos del principio de placer y el principio de realidad.

Pasaron cinco años antes de que Freud publicara un texto adoptando una decisión definitiva a este respecto. La argumentación de *Más allá del principio de placer* buscaba establecer los fundamentos de un nuevo principio, aparentemente irreductible al mencionado en su título.

Freud retomaba los planteos de la hipótesis Q del "proyecto de psicología": el principio de placer derivaba del principio de constancia. Cuando una economía energética dada era modificada por mociones pulsionales internas o externas, el organismo buscaba restablecer el anterior estado, es decir, retornar a la estabilidad. Esto significaba que el principio de placer no era originario, sino que estaba regulado por un proceso anterior, destinado a eliminar las perturbaciones de la paz. Retomando la terminología propuesta por Barbara Low, Freud llamó a este fin el principio de Nirvana.

Sabíamos que el principio de placer era primario y que era peligroso para la supervivencia del organismo. El principio de realidad relevaba la hegemonía del placer a fin de garantizar la vida. Pero entonces Freud informaba que el displacer no siempre estaba fuera del ámbito de vigencia del principio de placer. Aquello que para un sector del sistema psíquico podía ser displacentero para otro podría ser fuente de placer. La indagación de las reacciones anímicas frente al peligro ("neurosis traumática") presentaba casos extremos donde la repetición de las situaciones dolorosas no podrían entenderse – a la vieja usanza – como

retorno de lo reprimido. Acaso la rememoración, se preguntaba Freud, no sea explicable por el placer que producía. ¿Habría que recurrir a la hipótesis de un yo masoquista?

Para arrojar luz sobre esta cuestión Freud recurrió a una breve reflexión sobre un juego de uno de sus nietos: el famoso ejemplo del *fort-da*. Suponía que ya en ese jugar el niño mostraba un "gran logro cultural" pues implicaba una renuncia pulsional. En efecto, sin duda disgustado por el alejamiento materno, hallaba un resarcimiento imaginario en el ir y venir del carrete. Pero además con ello lograba, según la interpretación freudiana, una conversión de ser pasivo (ser abandonado por la madre) a ser activo (quien envía y recoge el objeto). Pero si no se acepta una explicación adleriana que reconducía el juego a una pulsión de dominio o apoderamiento, cabe la pregunta de si no se trata, mejor, de que la repetición en sí misma poseería una cuota de placer.⁵

Ahora bien, el proceso de la repetición obedecería a la tendencia de retorno al estado originario, es decir, a la busca de una estabilidad energética, a la nulidad pulsional. En otras palabras, señalaba Freud siguiendo las hipótesis de A. Weismann, significaba una inclinación hacia la muerte, el verdadero estadio primitivo, donde la paz era el resultado de la carencia de toda excitabilidad. La repetición llevó a Freud a postular la existencia de un principio de muerte, también conocido como Tánatos. ¿Cuál era el lugar psíquico de esa búsqueda de retorno a la paz primera? El yo, que aspiraba a retornar a aquella etapa donde él lo era todo, el narcisismo primero, donde el yo era su propio ideal, pero no como objeto sino como experiencia, donde el investimento libidinal de objetos no instalaba una cesura entre la entidad del yo y el placer, sino que los unificaba. El yo ideal de los primeros momentos de la vida se desprendía, por la necesidad de sobrevivir, de cuotas de libido que sobre el apuntalamiento (*Anlehnung*) de la vida constituía objetos. El yo se empobrecía para sobrevivir y para recuperar el placer en el goce de sus objetos. La libido narcisista, en cambio, tendía a deshacerse de todo contacto con el mundo. La introducción de señales de ese mundo molestaba la quietud ensoñadora de la mismidad narcisista. Con la institución de los objetos, el yo ideal primitivo pasaba a convertirse gradualmente en ideal del yo, es decir, en un modelo a alcanzar. Pero lo trágico de este proceso consistía en que la perfección del yo ideal era inalcanzable en la condición misma en que los objetos eran alteridades. En el caso de la etapa oral, la ingestión de alimentos o el mamar podían sustituir por la incorporación esa sed de unidad, pero tal sustituto se hacía cada vez menos asequible. La imposibilidad de reeditar la condición del Nirvana narcisista se articulaba con la afirmación de una autoridad "paterna" como un super-yo. El yo ideal era instituido como ideal del yo, conformándose como instancia psíquica en el super-yo. Con la resolución del complejo edípico, la entrada a la cultura estaba predeterminada por un modelo que el yo debía lograr, y cuyo fracaso sería indicado impiadosamente por esa figura paterna internalizada. En los casos de las "personas normales" esta dificultad de emular la paz pulsional primera sería tramitada con soportables costos psíquicos. En los casos extremos de fracaso, como en la psicosis, acontecería un desligamiento de los objetos del mundo y la retroversión de la libido de objeto al yo, que así edificaría un mundo interior.

Si bien Freud concebía la teoría del narcisismo desde la suposición de una temporalidad evolutiva,⁶ una base de la repetición y la muerte estaba en su fundamento. Porque el desasimilamiento (*Entbindung*) del mundo reconocía su necesidad en la frustrada relación con el "mundo exterior" (incluidos los objetos de amor).

Posteriormente, y en especial en *El yo y el ello* de 1923, Freud iba a reubicar en el super-yo que castiga a las impotencias del yo el sitio donde imperaba la pulsión de muerte. Señalemos que toda esta construcción parece acomodarse con mucha dificultad a la temporalidad evolutiva que se ven con tanta eficacia en otras elaboraciones freudianas.

La retroversión libidinal hacia el yo propia de la esquizofrenia implicaba un desligamiento de los objetos y, por ende, la persecución de un mundo de placer propio, exento de las condiciones que llevaban a una "organización" pulsional y orgánica gobernada por la genitalidad (heterosexual). Pero si el fenómeno del narcisismo podría dejarse de lado por ser una simple "patología", el descubrimiento de la repetición y de la pulsión de muerte nos indica que la potencia del Eros como aglutinador y fuerza tendiente a unir estaba para Freud socavada por una tendencia más profunda cuyo destino es el contrario: la muerte. La repetición es una expresión de esta inclinación a recuperar el estado pacífico de regularidad pulsional. Como no busca una mayor complejización, no anhela la unión o apoderamiento de objetos, esta pulsión no podría sostener el finalismo adulto-heterosexual-adulto de Freud, sino que lo contradecía expresamente. El evolucionismo freudiano entraba en contradicción con la teoría — también freudiana — de la repetición. Dos temporalidades se enfrentaban en el pensamiento del fundador del psicoanálisis.

Los estudios de fines de los años 20 (*El porvenir de una ilusión*, *El malestar en la cultura*) y más que nada *El hombre Moisés y la religión monoteísta* demostraron luego que el impacto de la repetición no conmovió la preeminencia de la temporalidad evolutiva, ni afectó gravemente la imaginación histórica de Freud. ¿Cómo comprender esta incomunicación de nociones del tiempo? Si Freud hubiera extendido el anti-finalismo de la repetición, sus construcciones filogenéticas se habrían mostrado como excesivamente ancladas en las convicciones progresivistas del siglo XIX. En general, desde los cuarteles de los diversos campos "freudianos" se tiende a limar las asperezas implicadas en la elección de Freud por entender la historia de la especie y el desarrollo del individuo bajo el imperio del esquema filogenético.

Nuestra propuesta de interpretación de la imposibilidad freudiana para reconocer la vigencia de la repetición como clave de la temporalidad es la siguiente: el progresivismo de Freud, su confianza en que, a pesar de todo, la civilización burguesa iba a superar gracias a la razón sus problemas más graves (aunque no los eliminara), afirmaba su imaginación histórica evolucionista. En contraposición a un Ernst Bloch o a un Walter Benjamin, quienes veían más claramente los costos e infelicidades del "progreso", Freud — que las sabía — percibía obstinadamente la potencia de la "razón". Él sabía que el sueño de la razón engendraba monstruos. Las guerras, las injusticias, los fascismos, y tantas bajezas cotidianas no alcanzaban a obturar una mirada finalmente esperanzada. Exento de una aspiración revolucionaria o utópica, Freud rescataba de un mundo que sabía no era el mejor de los posibles los aspectos ilustrados de los esfuerzos de quienes, como él mismo, resignaban sus pulsiones para desmitificar y crear cultura. Un ética progresista, pues, se sobreponía sobre la ominosa amenaza de una repetición de lo mismo. Porque la pura repetición es incontrolable para la razón. Si algo se repite se hace extraño. Pero como repite "sin razón" descalabra su imperio y se impone como un cuerpo extraño que se muestra, ostensiblemente, como el rasgo dominante de la existencia. Desde aquí pueden analizarse las posturas de Freud en relación con la crisis civilizatoria de su tiempo.

Junto a esta elección, creemos que en Freud también operaba un sosegamiento de la reflexión sobre la repetición, que obedecía a motivos ligados a su condición de médico y

Naturforscher. En efecto, Freud estaba imbuido en un tipo de pensamiento que no era de su invención. El saber médico sólo fue pensable en occidente con una condición de posibilidad fundante: un concepto de normalidad. Las patologías eran la pérdida de un estado de salud, a su vez vinculada a la normalidad. En la psiquiatría de fines del siglo XIX la anormalidad psíquica se ligaba principalmente a problemas orgánicos. En la teoría psicoanalítica de Freud la causalidad psíquica adquiría un *status* propio y legítimo. Pero tal causalidad estaba atada a una teoría de las pulsiones que constituía el drama de la vida psíquica. La potencia de las exigencias pulsionales podía cuestionar la vida misma que se veía, como en la melancolía, agredida hasta lo insoportable por la imposibilidad de hallar un camino hacia la paz del regazo materno.

La "normalidad" nada tenía que ver con la pura repetición, por un motivo bastante simple de comprender: la construcción – por provisoria que sea – de una identidad implicaba, en una modernidad que exigía un anclaje de "personalidad", la capacidad de recordar y narrar la propia historia.⁷ Contar la propia experiencia era un requisito de estabilidad y coherencia. Lo que no era igualmente evidente era que las modalidades de esta actividad narrativa implicaban aceptar como modelos superiores y naturales el ideal burgués de un sujeto varón, blanco, heterosexual y coherente. La compulsión de repetición conmovía, empero, estos supuestos.

Notas

¹ No impedía siempre el acceso a la motilidad, como era evidente en las fobias.

² Freud (1915, p. 184).

³ Freud (1914c, p. 152).

⁴ Freud (1914c, p. 153).

⁵ Como se ha señalado ya muchas veces, esto negaría la sugerencia de Freud de ir más allá del principio de placer.

⁶ En la "Introducción al narcisismo" decía, por ejemplo, que un paralelo entre la niñez y los pueblos primitivos, en la senda filogenética ya discutida, arrojaba luz sobre el problema. Escribía respecto a aquellos pueblos: "En estos últimos hallamos rasgos que, si se presentasen aislados, podrían imputarse al delirio de grandeza: una sobrestimación del poder de sus deseos y de sus actos psíquicos, la 'omnipotencia de los pensamientos', una fe en la virtud ensalmadora de las palabras y una técnica dirigida al mundo exterior, la 'magia', que aparece como una aplicación consecuente de las premisas de la manía de grandeza. Suponemos una actitud totalmente análoga frente al mundo exterior en los niños de nuestro tiempo (...)" Freud (1914a, p. 73).

⁷ Freud no discutió jamás en los textos que hemos heredado si esta necesidad de contar una historia como prolegómeno de la identidad era una estructura moderna o si era una condición humana general (y por ende transhistórica y transcultural). Una pregunta que podría haberse formulado, quizás, podría haber sido si esa exigencia no es un producto del modo en que somos constituidos/as en tanto sujetos, para quienes poseer una solidez y unidad capaz de ser objeto de un relato histórico unificador es un requisito de nuestra "normalidad". Desde luego, una respuesta positiva a tal inquisición jaquearía el concepto mismo de normalidad, pero también el de una subjetividad consistente y unitaria. En este como en otros casos, Freud brindó elementos para continuar estas preguntas que él no realizó. Nadie, como Freud, debemos subrayar, contribuyó a la crítica de la unidad del sujeto como unidad de la conciencia. La autonomía del individuo del discurso liberal, fundamento ideológico de una cosmovisión política y cultural, encuentra en Freud una crítica que no por ser a veces implícita es por ello menos implacable.

Bibliografía

1914a. "Introducción al narcisismo" ["Zur Einführung des Narzissmus"]. (*Obras completas* Buenos Aires, Amorrortu, t. XIV, pp. 65-96).

1914b. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico" ["Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung"]. (O. C., t. XIV).

- 1914c. "Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis)" ["Erinnern, Wiederholen und Durcharbeiten (Weitere Ratschläge zur Technik der Psychoanalyse)"]. (O. C., t. XII).
1915. "Lo inconciente" ["Das Unbewusste"] (O. C., t. XIV).